

El lector ideal no reconstruye una historia: la recrea.
El lector ideal no sigue una historia: toma parte en ella.
Después de cerrar el libro, el lector ideal siente que si no lo
hubiera leído el mundo sería más pobre.
Cada libro, bueno o malo, tiene su lector ideal.

ALBERTO MANGUEL

[Sugerencias de lectura para ocupar tu tiempo libre.](#)

Verano de 2007

LECTURAS QUE PUEDEN RESULTAR INTERESANTES.

Junio de 2007

	<p>ÁLEX ROVIRA CELMA</p> <p><i>Los siete poderes</i></p>		<p>FRANCISCO ZARAGOZA ESBRÍ</p> <p><i>Un futuro en el pasado</i></p>
	<p>JOSE ANTONIO JÁUREGUI</p> <p><i>Juicio a los humanos</i></p>		<p>VÁZQUEZ FIGUEROA</p> <p><i>El señor de las tinieblas</i></p>
	<p>VÍCTOR SALTERO (seudónimo)</p> <p><i>Sucedió en el AVE</i></p>		<p>CÉSAR VIDAL</p> <p><i>El último tren a Zurich</i></p>
	<p>EDUARDO PUNSET CASALS</p> <p><i>El alma está en el cerebro</i></p>		

De cada una de ellas tienes a continuación una breve indicación de su argumento y un fragmento para que puedas conocer algo más de cómo están escritas.

¡Ánimo!

NOVELA AMBIENTADA EN LA EDAD MEDIA

Autor: ALEX ROVIRA CELMA
Título: *Los siete poderes.* (176 páginas)



De esta novela tienes además un juego en la siguiente dirección. Puedes combinar la lectura con el juego del libro:

<http://www.es.7-poderes.games.yahoo.net/>

Descubre el principio. Tal vez quieras continuar un poco más.

PRÓLOGO

“¿Cuál es la clave para transformar la vida? ¿En qué medida el destino está escrito? ¿Realmente podemos construir el futuro que deseamos?” Se lo pregunté a uno de mis maestros cuando yo era adolescente. Su respuesta, como no podía ser de otra manera, fue simple y vino a través de una antigua leyenda.

Hace muchos, muchos años, los hombres conocían el secreto que permitía que anhelos y sueños se hicieran realidad. Pero abusaron de él de tal manera que los sabios responsables de cuidarlo decidieron esconderlo en un lugar al cual sólo pudiera llegar quien verdaderamente lo mereciera. Pero ¿dónde ocultar el que probablemente era el tesoro de mayor valor para la humanidad?

Uno de los miembros del consejo de sabios sugirió enterrarlo en lo más profundo de la tierra, pero sus compañeros objetaron que tarde o temprano alguien excavaría hasta los rincones más profundos del planeta para dar con él.

Otro de los sabios propuso llevarlo hasta la más alta de las cumbres y enterrarlo allí, bajo la nieve eterna.

Pero hubo quien objetó que llegaría el día en que muchos hombres y mujeres serían capaces de escalar la más alta de las cimas y descubrir el tesoro. El resto de sabios le dio la razón e inquietos siguieron discutiendo.

Al cabo de un rato un tercero tomó la palabra y dijo que sin duda el mejor escondite era el más profundo de los abismos del mayor de los océanos. “Tampoco ése será un buen lugar. Algún día habrá seres humanos que aprenderán a navegar por los abismos del mar y, sin duda, lo hallarán”, replicaron otros.

Desanimados y resignados, uno por uno, los miembros del consejo de sabios se miraron con expresión de honda tristeza ya que no había lugar en la tierra donde ocultar el secreto que convertía los sueños en realidad.

Tras un largo silencio, el más anciano y discreto de todos tomó la palabra y casi en un susurro, dijo: “Hay un lugar, sólo un lugar, al que muy pocos serán capaces de llegar para encontrar el tesoro”.

La expectación fue máxima. Hubo entonces un revuelo; murmullos, exclamaciones y miradas de estupor se cruzaron entre el resto de miembros del consejo. “¿Cuál es ese lugar, maestro?”, preguntó inquieto uno de los sabios al anciano.

“El corazón... Lo ocultaremos en el corazón de cada hombre y cada mujer que viva en este hermoso planeta. Cada corazón debe albergar este extraordinario tesoro, ya que muy pocos tendrán el coraje, la perseverancia, la fe, la humildad y la paciencia de mirar en su interior y desvelar el secreto. Sólo aquellos que sean capaces de descubrir que la mayor de las riquezas y el mayor de los poderes reside en su corazón deben ser dignos

de acceder al tesoro.”

Y así fue como en un pacto sagrado y a través de un encantamiento, hace ya miles de años, el secreto que convierte en realidades los anhelos del alma descansa en el corazón de cada uno de nosotros.

Espero que este cuento, o mejor, este viaje que ahora inicias te guíe a tu tesoro. El destino final es, siempre, tu corazón. A él dirijo un cálido saludo. Con profunda gratitud, respeto y afecto.

PRIMERA PARTE

El reto I

El reino de Albor

Hace mucho, mucho tiempo, cuando algunos hombres todavía comprendían el lenguaje de los pájaros, vivía en el próspero reino de Albor un rey que era profundamente amado y respetado por todos sus súbditos. Hombre de gran fuerza y extraordinario coraje, había sido el único monarca capaz de defender su hermosa tierra de los ataques del malvado ejército liderado por el poderoso e invencible Nul, Señor de las Tinieblas.

Cientos de reinos habían sucumbido, uno tras otro, al demoledor avance del perverso y sólo Albor, como una isla en el océano, se escapaba de aquel avasallador dominio.

El rey y su ejército habían resistido gracias a la mágica Albor, la fulgente espada que daba nombre al reino y que, miles de años antes, había sido forjada con el aliento de Aur, el gran dragón blanco. Aquella espada había sido concebida para atesorar y transformar en poder toda la fuerza interior que cobijara el corazón de sus legítimos propietarios, y se convirtió así, con el paso de los años, en el arma más poderosa sobre la faz de la tierra.

Pero el ladino Nul supo esperar el momento adecuado para propinar al rey el más doloroso y demoledor de los golpes: Jano, su único hijo y heredero del trono, fue secuestrado la primera noche de su vida por el malvado que, aprovechando los festejos con los que se celebraba la buena nueva y oculto bajo una negra capa que lo hacía invisible, no sólo consiguió raptar al heredero, sino también apoderarse de la mágica espada.

El reino quedó entonces sumido en la tristeza y la desesperación.

Su futuro aparecía cubierto de sombras, más vulnerable que nunca, sin príncipe, sin la mágica Albor.

A Nul, espectro ajeno al paso del tiempo, le bastaba con aguardar la muerte del rey para hacerse con el último reducto que se resistía a su desmesurada ambición. Ocurrió entonces que la reina languideció y, años más tarde, finalmente murió, mientras el rey envejecía día a día a ojos de todos. Los hombres y las mujeres de Albor sufrieron aquellos acontecimientos con pesadumbre, con tanta tristeza que sus ojos ya no veían la primavera en los nuevos brotes de los árboles ni en las flores que crecían en los jardines.

Por supuesto, se hicieron muchos intentos, vanos, desesperados, para hallar al príncipe y recuperar la espada. Cientos de valientes caballeros partieron en su búsqueda hacia la Tierra del Destino, en las fronteras del reino con el mundo del más allá, pues se creía que allí el Señor de las Tinieblas había ocultado a Jano y Albor.

Jamás ninguno regresó.

Pasaron los años y los rumores devinieron leyendas que contaban que Jano se había convertido en el esclavo eterno del maligno señor. Pero el rey jamás perdió la esperanza, convencido de que algún día volvería a abrazar a su hijo y blandir su espada. Ese convencimiento, esa fuerza interior, sirvió para mantener unido a todo el reino frente al infame.

Los nobles caballeros, fieles a sus creencias, decidieron mantener firme su espíritu y desarrollar su fuerza para proteger de nuevas incursiones el reino y los ideales y principios que su rey les había transmitido con su ejemplo. Tal vez por esa razón Nul renunció a la conquista. Con el paso del tiempo, el rey, anciano y cansado, comprendió que la vida le regalaría ya pocos amaneceres. Debía acometer su última y más importante misión: nombrar a un heredero, un sucesor con la fuerza física y la moral necesarias para rechazar el seguro y devastador ataque que Nul llevaría a cabo tras su muerte. Sin un líder reconocido por todos, la derrota sería segura y el reino y toda la tierra caerían en las garras del oscuro.

II

La llamada del rey

Una clara mañana de primavera el Joven Caballero se entrenaba con su espada en una campa del bosque de los Nueve Tejos, junto a sus amigos, los caballeros Cap, Cop y Cor cuando, de pronto, irrumpió el heraldo real con un mensaje: debía presentarse de inmediato ante el rey. La urgencia y la solemnidad del correo alarmaron a los cuatro compañeros.

Sin dudarle un instante, el Joven Caballero montó su noble caballo Kam y se dirigió a galope al castillo. Había hecho juramento de defender Albor y de guardar obediencia a su señor, pero nunca hasta entonces había reclamado su presencia el monarca de aquel modo. Algo debía de ocurrir, pensó, preocupado.

Llegó sudoroso a la plaza del castillo, desmontó y subió de tres en tres los escalones que llevaban hasta la torre del Rey.

Apenas sin aliento, golpeó la puerta de la cámara real. La amable y gastada voz de su señor respondió:

—Adelante.

El caballero entró, dio los siete pasos de ceremonia y se arrodilló ante el monarca, que lo aguardaba sentado en su trono.

—Majestad, he venido tan pronto como he sabido que me llamabais. ¿En qué puedo servirlos?

—Mi fiel y joven caballero, a veces pareces más rápido que mi querida Elk, el águila que vigila el castillo desde las alturas.

—Bien sabéis, mi señor, que estoy a vuestra disposición para lo que preciséis.

—Te conozco desde que eras niño —siguió el rey— y admiro tu fuerza de espíritu y tu coraje. En los últimos años has sido mi más fiel y eficaz apoyo. Ahora mi tiempo se acaba, me siento cansado y apenas sin fuerzas y sé que dentro de poco dejaré esta vida. Por ello quiero pedirte un último servicio...

Hizo una larga pausa y su mirada se posó en un tapiz que dibujaba con forma de corazón el escudo de armas de su familia. Entonces, con voz solemne, le anunció:

—Sabes que tras mi muerte el trono quedará vacío.

Por ese motivo te pido que aceptes ocupar mi lugar cuando yo muera. El Joven Caballero, perplejo, rodilla en suelo, cabeza baja y sin atreverse a mirar a los ojos del rey, balbuceó:

—Majestad, ¡no... no puedo asumir tal honor! Mis orígenes son humildes. Mis padres eran simples campesinos que murieron en el terrible incendio que provocó el Señor de las Tinieblas en su huida tras el rapto de vuestro hijo, el único heredero, y el robo de la mágica espada.

El rey escuchaba con atención la vacilante voz del caballero que, presa de la emoción, se detuvo unos instantes.

—Vos sabéis que Manluz el mago me procuró un nuevo hogar al darme en adopción a la familia del herrero.

De mi nuevo padre aprendí el oficio de la forja y quiso la vida que desarrollara

habilidad suficiente para que muchos caballeros me solicitaran herraduras y armas.

Sabéis también que por templar miles de espadas y probar miles de herraduras cabalgando a lomos de los mejores corceles del reino desarrollé habilidad como jinete y destreza en el manejo de las armas. Gracias a vuestra generosidad, llegué a ser escudero y, más tarde, caballero. Ésa es toda mi ambición, serviros...

El rey lo interrumpió con voz firme:

—¡Conozco mejor que nadie tus orígenes! ¡Y no te armé caballero por generosidad, sino por justicia, por tu valentía, por tus logros, por el esfuerzo que pusiste en las tareas que te encomendé!

Tras un intenso silencio, el rey, visiblemente emocionado y con un hilo de voz, añadió:

—Siempre te he tratado como si fueras Jano, el hijo que perdí, y sabes que la reina también sentía por ti un profundo amor. Eres el más querido y respetado por todos y, por ello, no dudo que reconocerán tu autoridad como nuevo rey. ¡Acepta mi propuesta!

—Pero, majestad...

El rey, contrariado, lo interrumpió de nuevo:

—¡No dejes que tu pasado, sea el que sea, oscurezca tu visión de un futuro brillante!

—Hay otros hombres mucho más dignos de tan alto honor: el caballero Cap, el caballero Cor, el caballero Cop...

—No negaré que los tres son hombres de gran valor. Cap es muy inteligente, pero se lo piensa demasiado antes de actuar. En cuanto a Cor, más que caballero debería ser trovador; sus emociones le impiden pensar con claridad. Y Cop es sin duda el más fuerte de todos, pero a veces actúa sin pensar. No, no veo a ninguno de ellos como futuro rey. Te ofrezco el cetro porque veo en ti a un soñador práctico, a alguien que me ha demostrado que jamás pierde la esperanza, al único que puede mantener unido al reino y hacer frente al Señor de las Tinieblas ¡Acepta el reto que te propone la vida, pues no soy yo quien te habla, es la vida!

El caballero escuchaba al rey con suma atención:

—Sin retos no podemos crecer. El miedo al fracaso mata la vida. ¡Yo sé que puedes ser un gran rey! Y tú también lo sabes, no te engañes. ¡Atrévete a hacer realidad tus sueños! ¡A decir al mundo quién eres en verdad! Ejerce el poder que albergas en tu alma, no el que nace de la vanidad ni del miedo, pues ése es el que ejerce Nul. Te estoy hablando de otro poder, del que se manifiesta en la capacidad de encarnar los sueños a través de la pasión y del trabajo perseverante y paciente, ése que permite transformar la realidad y crear nuevas circunstancias para que la vida futura sea diferente, mejor, próspera y con sentido...

—El poder de Nul es tal que temo no cumplir vuestras expectativas...

El rey se incorporó con gran esfuerzo, se acercó al caballero y, acariciando su rostro, le dijo con firmeza:

—Si piensas que no puedes, no podrás. Si piensas que no te atreves, no lo harás. Si crees que estás vencido, lo estás. De ello se alimenta el Señor de las Tinieblas: del miedo, de la inseguridad que nace de la falta de amor y de confianza en nosotros mismos. ¡Piensa que puedes y podrás! La mayor derrota no consiste en no superar un reto, sino ni siquiera intentarlo. La batalla de la vida no siempre la gana el hombre más fuerte, el más ágil o el más rápido, sino aquel que cree que podrá hacerlo.

Pensativo, el Joven Caballero se incorporó lentamente y dirigió una mirada suplicante al rey.

—Señor, hay otra cuestión: me sentiría como un usurpador si aceptara vuestra oferta sin antes haber intentado encontrar a vuestro hijo y la mágica espada en la Tierra del Destino.

—¿Sabes qué me propones? ¿Sabes qué significa adentrarse allí?

—Sí, señor. Muchos caballeros han hecho esa travesía, algunos eran mis amigos, y ninguno ha vuelto.

—Te enfrentarás a lo desconocido. En ese lugar no mora el Señor de las Tinieblas, pero ejerce la mayor de las influencias. Hará que te pierdas, que olvides quién eres y cuál es tu propósito. Tus peores pesadillas se harán realidad y sólo si mantienes la pureza de tu corazón y la fortaleza de tu espíritu sobrevivirás. Sí, te comprendo; tal vez si superas la prueba comprobarás que mi decisión es acertada. ¿Quieres ir? Ve. Cuentas con mi permiso.

—Gracias, señor.

El rey sonrió, aunque aquel gesto apenas disimulaba su preocupación.

—Bien. Pero es mi deseo que antes visites a tu protector, el mago Manluz. Él sabrá aconsejarte y orientarte para la travesía. Escucha sus buenos consejos y síguelos, te serán útiles.

Y así fue cómo el Joven Caballero partió a lomos del infatigable Kam hacia el bosque del hermoso valle de las Diez Montañas, donde vivía Manluz.

Mientras se alejaba del castillo sonó por tres veces el bronce de una lejana campana. En lo alto, en el cielo, divisó a Elk, el águila del rey, que parecía despedirlo como lo había hecho en todos los momentos importantes de su vida.

NOVELA DE CIENCIA FICCIÓN AMBIENTADA EN LA ÉPOCA ACTUAL

Autor: FRANCISCO ZARAGOZA ESBRI
Título: *Un futuro en el pasado.* (288 páginas)

Algo del argumento:



El físico David Goodwill ha encontrado una manera exacta de viajar en el tiempo, y se ve obligado a intentarlo justo cuando se encuentra en la torre norte de las Twin Towers de Nueva York en la mañana del 11 de septiembre de 2001...

Descubre el capítulo 4. Tal vez quieras continuar un poco más.

CAPÍTULO 4

EL lunes, día 10, comenzó con toda normalidad. David salió de su casa. Se encaminó hacia la estación del metro.

Caminaba pensando en todo lo que iba suceder en su vida, cuando la oscuridad de la noche todavía no había sido vencida por la luz del nuevo día. Llegó al World Trade Center.

Instintivamente dirigió su vista hacia arriba. Las dos moles se elevaban majestuosas con miles de luces chispeando. Se detuvo un momento para contemplarlas. Después entró en el hall y se dirigió hacia la zona de los ascensores. El día transcurrió sin incidencias que destacar. Al final de la jornada, David sorprendió a John invitándole a tomar un par de copas en el Village. Eran las copas que habían quedado pendientes desde mediados de agosto.

John quedó estupefacto al oír la proposición de David. No había podido imaginar que este momento llegara a producirse nunca. ¿Sería cierto lo que le había contado la madre de David? ¿Sería verdad que pudiera ser el amor la causa de ese cambio tan espectacular? Decidió averiguarlo por sí mismo.

Caminaron conversando alegremente hasta llegar al barrio de los bohemios. Llegaron a “Kenny’s” en Bleecker Street.

Habían transcurrido tan solo veinte minutos desde que habían salido del World Trade Center. Entraron en el local. John pidió un bourbon y David una coca-cola light. John se dispuso a abordar el tema directamente.

—¿Cómo se llama ella, David?

—No sé de qué me hablas —contestó David.

—Vamos, hombre. Yo soy tu amigo. Cuéntame cómo la conociste. No seas tan reservado —insistió John.

—Por muchos esfuerzos que hiciera contándotelo, nunca llegarías a comprenderlo. Te lo aseguro —dijo David defendiéndose.

—Te dije que eras un mentiroso espantoso. Se te nota a la legua que tienes un secreto. Tienes algo que no quieres contar.

—Puede que tengas razón —dijo David.

—¿Ni siquiera me lo vas a contar a mí? —volvió a preguntar John.

—Ni siquiera a ti.

—Dime, al menos, si tiene los ojos azules. A mí me encantan los ojos azules — confesó John.

—No son azules, John. Son unos profundos y preciosos ojos negros. No puedo decirte más —contestó David.

—Está bien, amigo mío. No hay que insistir cuando el corazón está de por medio. Solamente dime cómo fue.

—Solo puedo decirte que resultó maravilloso. Dudo de que pudieras entenderlo — volvió a contestar David, escudándose una vez más en la mayor de las ambigüedades.

—De acuerdo, amigo. Te felicito por tu inenarrable experiencia. Quédate con tu inconfesable secreto. Lo comprendo — dijo John.

—Te pido mil disculpas por ello, John. Pero me alegra enormemente que me digas que lo entiendes.

A las dos rondas de David, siguieron otras dos pagadas por John. Y a éstas les siguieron algunas más. Eran las diez de la noche cuando se separaron. John tenía el coche aparcado en el World Trade Center. David le acompañó hacia el aparcamiento, y después caminó hasta la estación de metro.

Llegó a su casa a las once con claros signos de embriaguez. A la coca-cola inicial le había seguido un vodka con naranja y luego un par de bourbons. La última ronda se había cerrado con un scotch. David estaba descompuesto. Su madre no le había visto nunca en ese estado. Pero no le importó. Era claro que su hijo estaba cambiando y ella estaba más que contenta con ello. ¿Qué importancia tenía que hubiera bebido más de la cuenta? Él era joven y podía soportarlo. Era mucho peor verlo encerrado y con los ojos sin alegría sobre aquel montón de libros y papeles.

Evelyn estaba radiante de felicidad. Mañana le preguntaría más cosas sobre su chica. Lo haría con tacto, pero lo haría.

Quería conocer más detalles y comprendía que hoy no era el momento. David se retiró a su habitación sin cenar. Tenía la cabeza llena de tambores que sonaban sin parar. Pasó la noche fatal. Lo pasó tan desacostumbradamente mal que se durmió. Se despertó mucho más tarde de lo habitual. Reaccionó positivamente ante la contingencia. Pensó que por una vez podía permitirse esta pequeña licencia sin importancia. De todas formas, iba a llegar con tiempo suficiente al trabajo.

Entró en las oficinas de la Whitehall a las ocho y diez . Dejó su cartera y la documentación sobre la mesa como lo hacía habitualmente. Después salió al pasillo a por un café bien cargado.

Regresó con el café a su mesa y comenzó a sorberlo poco a poco. Estaba muy caliente. Lo volvió a depositar sobre la mesa.

Eran las ocho y veintitrés cuando John entró por la puerta.

—¿Cómo has pasado la noche? —le preguntó David.

—Fatal —contestó John—. Ayer nos excedimos —añadió frotándose los ojos.

—Muchas veces una noche no es solo una noche —dijo David.

—No tengo la cabeza para pensar mucho. ¿De verdad crees que eso que has dicho lo justifica todo? —preguntó John.

—En buena parte creo que sí —dijo David mirando a la bahía desde su mesa de trabajo.

—Voy a buscar un café. A ver si logro despertarme. He estado a punto de no venir — dijo John.

—En cambio yo estaba seguro de que sí vendrías —contestó David mirando a John. Te espero para beberlos juntos —añadió.

Eran las ocho y treinta y dos minutos cuando John salió al pasillo. Regresó a las ocho y treinta y ocho. Se sentó enfrente de David.

—Te noto tenso —dijo John.

—No sabría qué responderte —contestó David.

—Estás lleno de contradicciones, amigo mío. Esos ojos negros te han afectado demasiado.

—Creo que tienes razón. Creo que esta vez has acertado...

David no pudo terminar de pronunciar la palabra. Eran exactamente las ocho y cuarenta y seis minutos del martes 11 de septiembre del año 2001. Una fuerte sacudida hizo temblar toda la torre norte. Los cafés se derrumbaron sobre la mesa. John cayó al suelo impelido por el descomunal temblor.

—¿Qué demonios ha sido eso? Tiene que haber sido un terremoto enorme —dijo John levantándose rápidamente.

—Me temo que no han sido las puertas del ascensor al cerrarse —dijo David sobrecogido por los acontecimientos.

Empezaron a oírse gritos por todas partes. Ambos corrieron hacia los ventanales de la cara norte de la planta. Una intensa humareda negra ascendía por ese lado. Todo el mundo se preguntaba qué podía haber ocurrido.

David y John volvieron a su oficina. El humo también era visible en el lado oeste de la cara sur del edificio. Era indudable que una explosión había sido la causa del incendio. ¿Pero qué podía haberla producido?

—¡Los ascensores no funcionan! —oyeron gritar a sus compañeros de planta.

—¡Estamos atrapados! —gritaban otros que iban corriendo de un lado para otro sin parar.

—Está subiendo un calor terrible. El ambiente empieza ser totalmente irrespirable —dijo John colocándose el pañuelo sobre la boca.

—Es verdad —corroboró David—. Sígueme —añadió seguidamente.

—¿Adónde vas? —preguntó John.

—Tú sígueme y no hagas preguntas —contestó David.

La explosión había afectado al suministro de luz. David y John subían por las escaleras hacia los pisos superiores. Se cruzaban con gente que bajaba. Era un continuo ir y venir de gente sin ninguna dirección determinada. Era el caos del pánico. Era la patente desesperación por la terrible certeza de saberse atrapados sin ninguna posibilidad de salida.

Durante la ascensión David había controlado el estado de la sala de energía. Estaba totalmente inactiva. No funcionaba nada.

Seguían subiendo. Cada vez era mayor el número de personas que ascendían con ellos. Casi no bajaba nadie. David perdió de vista a John por un instante. Continuó la marcha hacia arriba mientras le buscaba. Le vio por casualidad corriendo solo por la planta 103. Le llamó y se unió a él. Se dirigieron a los ventanales de la cara norte. El denso humo lo tapaba todo. Corrieron hacia la cara sur de la planta. En ese lado todavía se podía ver el exterior desde las cristaleras del lado este. Eran ya las nueve y dos minutos.

John vio acercarse a un avión por el lado sur. El avión volaba muy bajo. La dirección de vuelo era impensable. Estaba dirigiéndose inequívocamente hacia la torre sur.

—Pero, ¿qué hace ese loco? —gritó John unos segundos antes de que el avión con bandera de la United Airlines impactara en la torre sur.

—¿Has visto eso, David? —balbuceó John con la voz temblorosa.

—¿Tú crees que aquí ha pasado lo mismo? La humareda que asciende ahora por la torre sur es igual a la que sube por nuestra torre.

—Me temo que sí, John —contestó David.

—Entonces no tenemos salida, David. ¡Estamos perdidos! —dijo John.

—Siempre hay una salida. No desesperes. Sígueme —volvió a decir David a su compañero.

—Pero, ¿hacia dónde? —preguntó otra vez John.

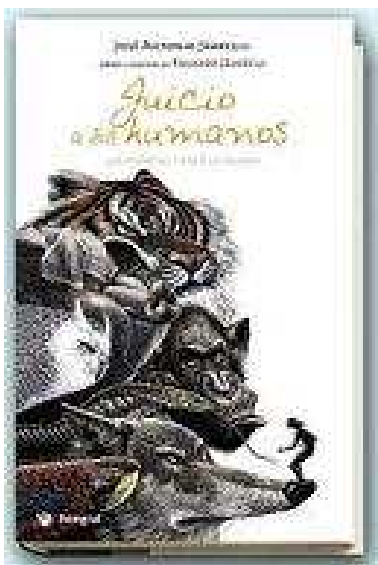
—No malgastes energías preguntando. Vayamos hacia arriba.

NOVELA FABULADA

Autor: JOSE ANTONIO JÁUREGUI

Título: *Juicio a los humanos.* (183 páginas)

Algo del argumento:



Los animales se han reunido en la selva para celebrar un juicio un tanto extraordinario. Se juzga al hombre. Y se le acusa de calumniar, maltratar y sobre todo de provocar un genocidio entre los animales. Como en todo juicio hay una fiscal: la cobra. Y también hay un abogado defensor: el perro. Al final deberá ser al búho – el juez- quien dictamine.

La primera testigo, una guacamaya parlanchina y políglota, describe escandalizada cómo los humanos difaman a los animales con insultos como “cerdo”, “burro”, o “besugo.” Debe reconocer, sin embargo, ante las preguntas de Filos, que existen otras expresiones más favorables.

Descubre el principio. Tal vez quieras continuar un poco más.

Te despiertas, pero no en tu cama. Quieres apagar la radio -¿qué música infernal es esta? Pero no encuentras ni radio ni mesilla de noche. No palpas más que hojas, tierra, estructuras sinuosas de madera y algo viscoso que prefieres no tocar demasiado. Y no es música esta cacofonía sino un coro disonante de voces, voces extrañas, voces no humanas. Te envuelve un tapiz sonoro de exóticos cantos e irreconocibles suspiros, chirridos y graznidos, rasgado de cuando en cuando por algún estridente chillido simiesco y cargado con una humedad cálida, pesada, fragante de vida y podredumbre. Estás en una jungla tropical.

Notas que algo sube por tu pierna, algo con demasiadas patitas. Te deshaces del bicho con un escalofrío que termina en patada. Todo tu cuerpo está desnudo, sudado, sucio. Te abrazas. Entonces ves que no todo es oscuridad, que flotan ante ti dos pequeñas esferas luminosas. Te recuerdan a los ojos de un gato, sólo que mucho, mucho más grandes y feroces. Sientes que se te erizan los pelos de la nuca, la espalda, los brazos, las piernas -un reflejo automático, heredado de los antepasados de tus antepasados- El terror a los depredadores.

Con el pánico, tu vista se agudiza, o quizás empieza a colarse más luz entre las hojas, porque ya vislumbras su enorme silueta, más oscura que el resto del bosque, y te parece ver el destello de colmillos y garras.

-Esto es un sueño -te dices, pero por si acaso comienzas a ponerte, lentamente, en pie.

-Grrrr -gruñe el felino, congelando tu movimiento de inmediato.

Te mantienes inmóvil. La silueta tampoco se mueve, pero cada vez parece tomar más color -crees distinguir una alternancia de pelos as franjas claras y oscuras en los bordes.

-Grrrrrrrr -vuelve a repetir el tigre, alzando ahora un poco su gigantesca cabeza. Y esta vez te parece entreoír, entre la vibración grave del gruñido, unas palabras carrasposas:

-Crrriatura humana, a sentarrrrse digo.

Obedeces al instante. ¿Lo has oído de verdad? -Grrrracias.

Esta vez no hay duda de que lo has oído. Y de que esto es una pesadilla. Te vuelves a tumbar con la intención de dormirte y volver a despertarte en tu propia cama, con tu almohada, tus sábanas, tus cuatro paredes y tus persianas.

Pero no es fácil conciliar el sueño, ni siquiera cerrar los ojos, cuando la luz del amanecer va alumbrando, a tres metros de ti, la magnífica y alarmante visión de un tigre de bengala bien despierto. Ahora sí puedes apreciar, en todo su esplendor, el manto a rayas naranjas, negras y blancas de este gran felino, amontonado aquí y allá en abultados pliegues. Ha vuelto a posar la cabeza sobre sus zarpas delanteras, pero sigue sin quitarte esos ojos amarillentos de encima.

Tratas de concentrarte en los sonidos de la selva. De nuevo te sorprendes creyendo entender aquí y allí, entre los gritos y llamadas salvajes, palabras sueltas, frases, e incluso retazos enteros de conversación:

-¡Hoy es! ¡Hoy es!

-Ju... juuu...

-¡Hoy es!

-El ju... juuicio.

-Tú qué, tú qué...

-Yo cre..., yo cre...

-¿Tú qué, tú qué creees que le harán?

-¡Yo cre, yo creeo que lo exterminarán!

-¡Hoy es! ¡Hoy es!

-El ju... juuicio.

Las mismas frases se repiten una y otra vez, y cada vez con mayor claridad, como si tu oído se fuera acostumbrando a estos exóticos acentos.

Mientras tanto, el sol ya penetra en sólidos rayos por las fisuras en el lejano techo de esta gran caverna viva, despertando los verdes de las bóvedas, los marrones de las columnas y del suelo, y los rojos, amarillos, naranjas y azules de las joyas incrustadas y los espíritus sueltos: flores, hongos, escarabajos, ranas, mariposas, serpientes, aves.

De pronto suena una llamada lejana, como una trompeta, o más bien una trompa de elefante trompeteando en el corazón de la selva:

-¡Farruuuuk!

Las orejas de tu guardián felino se tensan. A la primera trompa se le une otra, y luego otra y otra más, como una serie de clarines siguiendo una partitura perfectamente ensayada. Los gritos de los pájaros se vuelven ahora frenéticos, y cambian de tono:

-¡Ya es! ¡Ya es!

-¡El juuicio!

El gran tigre de bengala, lenta y deliberadamente, se levanta sobre sus patas delanteras, te muestra una sonrisa llena de cuchillas blancas, y ruge suavemente:

-¡Grrrr... arrrriba!

Antes de terminar el rugido, ya estás en pie y caminando.

Eso sí, torpemente, porque la vegetación te impide avanzar con la elegancia y majestuosidad de la bestia que te sigue.

A medida que caminas, te das cuenta de que, a tu paso, a cada lado, se van acercando animales que te observan, te escuchan y te olisquean con curiosidad: armadillos, tapires y jaguares por tierra, simios y reptiles encaramados a los árboles, pájaros de plumaje multicolor en las alturas y, en todas partes, insectos. Este público improvisado a cada lado, cada vez más numeroso, va formando un largo pasillo ante ti que despeja cualquier duda sobre el camino a tomar. Al mismo tiempo, el murmullo de estos observadores va creciendo:

-¿Es ésta la criatura?

-¡Un mono sin pelo!

-Ésta es, ésta es.

-¡Un mono bien feo!

-¡Ja, ja, sin pelo!

-¿Es mona o es mono?

-¡Ja, ja, bien fea!

-¿Es mono o es mona?

Debes haber aminorado la marcha, porque detrás de ti el tigre vuelve a gruñir:

-Grrrrr... más grrrrápido.

Haces lo que puedes para abrirte paso entre la maleza.

Al cabo de un rato te fijas que estás llegando a un claro en el bosque. Se alzan a su entrada dos gigantescos centinelas arbóreos, cada tronco de al menos cinco metros de diámetro y tan alto que la cima se pierde entre las copas de los otros árboles. Al llegar a estas torres de madera, descubres que la selva termina abruptamente aquí.

Ante ti se abre un insólito panorama, una especie de anfiteatro flanqueado por el bosque y con el trasfondo de una playa blanca y el mar azul.

Todo este espacio está repleto de una variadísima fauna, en tal número y surtido de especies que provocaría el desmayo de cualquier naturalista: jirafas y coyotes, águilas y marmotas, monos y caimanes, ratas y rinocerontes, urogallos y vacas, koalas y cormoranes, mariposas y hienas, murciélagos y lombrices, pandas y hormigas. Sólo el mismísimo Noé pudo haber presenciado algo parecido.

Pero incluso antes ¡:le poder asimilar esta prodigiosa visión, te sacude algo aún más sorprendente: un repentino y sobrecogedor silencio general. El formidable barullo que estos miles de criaturas estaban produciendo ha cesado casi de golpe, precisamente en el momento en el que te has asomado a este lugar. Todos los ojos, antenas y orejas se orientan en tu dirección. El único sonido es el de miles de hocicos y narices tratando de olisquear tu perfume corporal. No cabe duda de que la razón del silencio eres tú.

El tigre parece haber entendido que se te han agotado las últimas ganas que podías tener de seguir adelante:

-Grrrápido. No nos podemos grrretrasar.

Avanzas entre la multitud por un estrecho camino, que se dirige a una zona elevada cerca de la playa, un escenario despejado y vacío. El silencio va cediendo a un creciente murmullo de croares, cuacs, creecs, píos, mugidos y gruñidos. A ambos lados de tus pies se apelonan pingüinos, liebres, salamandras y otros animalillos, bajo la sombra de cabezas y cornamentas más altas. En las alturas circulan y se entrecruzan cientos de aves de todos los colores y tamaños. Notas que, al verte, un pequeño babuino se abraza a su madre, sus ojos llenos de aprensión. Más adelante sientes algo viscoso que te golpea en la cabeza -alguien te ha escupido.

-¡Matón desgraciado! -oyes vociferar. ¿Un cerdo?

El tigre ruge hacia la muchedumbre, silenciando al anónimo agresor.

Ya estás al pie del escenario natural, separado del resto del lugar por un riachuelo repleto de peces, tortugas y culebras que se asoman a la superficie con evidente curiosidad.

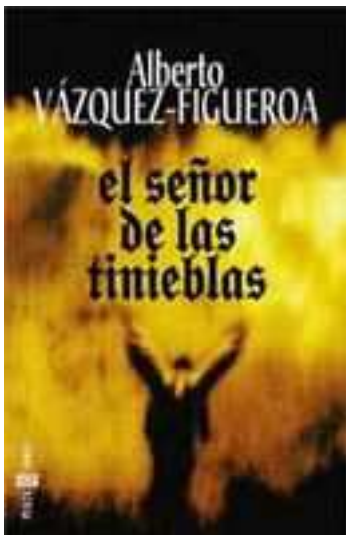
-¡Crrruza el rrrío! -ordena tu guardián.

NOVELA DE AVENTURA ÉPOCA ACTUAL

Autor: VAZQUEZ FIGUEROA

Título: *El señor de las tinieblas* (284 páginas)

Algo del argumento:



Un médico abnegado, entregado en cuerpo y alma a sus pacientes y a la investigación, recibe una visita inesperada: un hombre que se identifica como el diablo. Obviamente lo considera un loco, pero las pruebas que el desconocido le presta son tan contundentes que el médico se ve obligado a replantearse sus creencias. A continuación, el maléfico visitante le ofrece algo que todos los médicos del mundo quisieran poseer: el secreto de la cura del cáncer. Pero a cambio deberá entregarle su alma... El médico afronta un difícil dilema moral, pero acaba aceptando. Y éste es el punto de partida de una insólita aventura, un azaroso viaje al otro lado del mundo a través del camino del bien y del mal.

Examina el principio de la novela. Puede que quieras seguir.

Se interrumpió un tanto desconcertado porque en el umbral de la entreabierta puerta había hecho sorpresivamente su aparición un hombrecillo de aspecto anodino que inquirió con una escueta sonrisa:

-¿El doctor Guinea? -Ante el mudo gesto de asentimiento añadió-: Soy Damián Centeno, de *La Revista Médica*... Le telefoneé la semana pasada y me citó aquí.

-¡Es cierto! -se apresuró a replicar el aludido- Pero no le esperaba hasta el viernes.

-Es que, si no me equivoco, hoyes viernes -replicó en un tono levemente burlón el periodista.

-¡No fastidie! -se asombró su interlocutor.

-¡No se sorprenda! -añadió la enfermera dirigiéndose en esta ocasión al recién llegado-. Nunca sabe en qué día, ni en qué mes, e imagino que ni en qué año vive. A veces pienso que ni siquiera sabe que vive.

-Ya me lo habían advertido -señaló el hombrecillo- Pero no tiene importancia. Sabía que lo encontraría aquí... -Se volvió al Cantaclaro-. ¿ Me puede conceder ahora esa entrevista?

-¡Naturalmente...! ¿Qué es lo que quiere saber?

-Me gustaría que me diera alguna información sobre su trabajo.

-Pues le advierto que no hay gran cosa que decir -le hizo notar el otro- Prácticamente lo estoy empezando.

-Sin embargo tengo entendido que lleva más de dos años empeñado en esas investigaciones.

-¿ y qué son dos años, o diez, en un campo como éste? -fue la inmediata pregunta en respuesta a la pregunta- Pero ya que está aquí, siéntese y veamos qué se puede hacer.

Claudia Fonseca, que se había entretenido en recogerlo todo, tomó la bandeja y se encaminó con ella en la mano hacia la puerta.

-¡Les dejo...! -señaló- ¿Te quedarás a dormir aquí?

-¡Qué remedio!

-¡Acabará matándote de tanto trabajar! -masculló aun a sabiendas de que su protesta

caería en saco roto-o Te subiré algo de cenar...

Abandonó la estancia murmurando según su fea costumbre y Bruno Guinea permaneció unos instantes ausente, como si no tuviera muy claro qué es lo que tenía que hacer exactamente puesto que resultaba obvio que aquella inesperada visita le disturbaba.

Por fin se decidió a tomar asiento en su viejo butacón para ensayar una forzada sonrisa.

-¡Bien...! -dijo-o ¡Aquí estamos! ¿Qué es lo que quería saber?

-En primer lugar me gustaría que me hablara de usted -fue la respuesta.

-¿ De mí...? -se sorprendió el otro- ¿Y qué quiere que le diga? Soy un simple médico que dedica la mayor parte de su tiempo a la investigación. Eso es todo.

-¿Por qué razón le llaman el Cantaclaro?

-Es una vieja historia bastante tonta... En la universidad teníamos un compañero venezolano, por lo visto a los venezolanos les encantan los apodos, y como era un apasionado admirador de Rómulo Gallegos, nos puso los sobrenombres de los personajes de sus novelas. Alejandro de León se convirtió en el Canaima, Julio Carrasco en el Brujeador, mi novia en Doña Bárbara, y yo, que por lo visto nunca podía tener la boca cerrada, en el Cantaclaro... Era un tipo estupendo que murió trágicamente y en su memoria los que habíamos sido sus mejores amigos decidimos mantener esos apodos.

-Entiendo. Acabó casándose con aquella misma Doña. Bárbara y han tenido tres hijos, ¿no es cierto? -Ante el mudo gesto de asentimiento añadió-: Alguien me ha dicho que su esposa está muy enferma del corazón.

-Por desgracia así es.

-Pero pese a ello se considera un hombre feliz. -Razonablemente feliz dadas las circunstancias.

-¿ Cree en Dios?

-¿A qué viene eso? -se sorprendió su interlocutor- Ni soy un actor, ni un cantante, ni un personaje popular. tampoco creo que a una publicación científica le interese la salud de mi esposa o mis creencias religiosas.

-Sin embargo... -le hizo notar con inmutable afabilidad Damián Centeno- Necesito saber qué clase de persona tengo enfrente para enfocar la entrevista desde uno u otro punto de vista. ¿ Acaso le molesta hablar de ese tema?

-Molestarme, lo que se dice «molestarme», no -se vio obligado a reconocer Bruno Guinea-. Pero dado que insiste le diré que me considero agnóstico. A diario me enfrento a demasiados sufrimientos, tanto aquí como en mi casa, como para aceptar que exista un ser superior que pueda poner fin a ellos y no lo haga.

-¿Eso viene a significar que si no cree en Dios, tampoco creerá en el Demonio?

-¡Qué bobada...! -exclamó el otro-o Si quiere que le diga la verdad, todo esto no me parece nada serio.

-Le aseguro que es bastante más serio de lo que piensa -puntualizó el hombrecillo- Y me pregunto por qué razón alguien que no cree en Dios, ni en el Demonio, lo que quiere decir que no cree ni en el cielo ni en el infierno, y que por lo tanto no espera un castigo o una recompensa en el Más Allá, se comporta, no obstante, con la sorprendente dedicación a su trabajo y la honradez profesional con que usted lo hace.

Al entrevistado se le advertía muy incómodo y resultaba evidente que hacía un gran esfuerzo por mantener la compostura.

-¿ y quién le ha dicho que tengo tanta dedicación y siempre me comporto honradamente? -inquirió-. ¿Qué sabe de mí en realidad?

-Más de lo que imagina. He dedicado meses a investigarle, y de hecho puedo asegurarle que es usted una de las personas más decentes que conozco.

-¡Pues no debe conocer a mucha gente...! Y a mí todo esto se me antoja uno de aquellos «diálogos para besugos» de los tebeos. ¿Por qué no me deja trabajar que es lo mío?

-¿ En la búsqueda de un remedio contra el cáncer?

-No soy tan presuntuoso -fue la áspera respuesta- Tan sólo intento desbrozar el bosque para que llegue un día en que alguien encuentre el camino.

-¿ y por qué no podría ser usted ese alguien?

-¡Mire, hágame un favor...! -puntualizó el Cantaclaro haciendo una vez más honor a su sobrenombre-. ¡Déjeme en paz de una vez!

El hombrecillo pareció no haberle prestado atención puesto que de inmediato añadió:

-Le recuerdo que cuentan que un buen día sir Alexander Fleming abrió una ventana, un hongo penetró volando en su laboratorio, fue a caer sobre unos cultivos semejantes a los que usted tiene en esos microscopios, y los destruyó. Así fue como descubrió la penicilina que ha salvado millones de vidas humanas: casi por pura casualidad.

-Pero yo no soy Fleming, ni me dedico a abrir ventanas. -¿ y desde luego no cree en las casualidades? -¡Naturalmente que no!

-¡Hace muy bien! -reconoció el periodista al tiempo que hacía un desganado gesto hacia la mesa de los microscopios-. Sin embargo, sus cultivos se acaban de destruir. Bruno Guinea le observó visiblemente desconcertado. -¿Cómo ha dicho? -quiso saber.

-Que todas las células malignas que con tanto empeño estudiaba están muertas - insistió el llamado Damián Centeno.

-Pero ¿qué coño dice...? Usted está mal de la cabeza. Las acabo de ver y evolucionan perfectamente.

-¿ Le importaría mirar otra vez...? -suplicó el incordiante hombrecillo- ¡Por favor...!

Había algo en el tono de su voz, más que en lo que había dicho, que obligó a dudar a su interlocutor que por unos instantes no supo que decir.

Por último, lanzó un bufido con el que pretendía demostrar su malestar, acudió a la mesa y atisbó por cada uno de los microscopios.

Tardó en erguirse y cuando al fin se volvió su rostro aparecía lívido y desencajado.

-¡No es posible! -masculló-. ¡Si será hijo de puta! ¡Ha echado a perder un trabajo de meses...!

-¿ Yo...? -fingió sorprenderse el insultado-o Le recuerdo que ni siquiera me he aproximado a esa mesa.

Resultaba evidente que el dueño de los malogrados cultivos se encontraba absolutamente anonadado, ya que por unos instantes fue de un lado a otro como buscando una explicación, o quizá buscando el aire que le faltaba.

-Pero ¿qué ha ocurrido? -repetía una y otra vez-o ¿Qué ha ocurrido? No consigo explicármelo.

-Probablemente eso mismo fue lo que debió decir sir Alexander Fleming aquel día.

-¡Qué catástrofe! ¡Cielo santo, qué catástrofe!

-¿Considera una catástrofe que cultivos de células malignas que se estaban multiplicando a toda velocidad mueran de improviso? -inquirió sin perder la calma Damián Centeno.

-¡Naturalmente!

-Pero piense un instante: ¿Por qué razón han muerto?

-¡Y yo qué sé...

-Pero ¿y si lo supiera...? -insistió el otro con marcada intención.

-¿Qué pretende decir?

-A mi modo de ver está muy claro... ¿ Qué ocurriría si descubriera cuál es el elemento desconocido que ha tenido la virtud de destruir en un instante esas células malignas?

-¡No quiero ni pensarlo!

-¡Atrévase a pensarlo!

Bruno Guinea se aproximó a la ventana pero casi de inmediato regresó para tomar asiento frente a su visitante e inquirir en un tono mucho más reposado:

-¿Quién es realmente usted y qué es lo que está pasando aquí?

NOVELA POLICÍACA

Autor: VÍCTOR SALTERO (seudónimo)
Título: *Sucedió en el AVE.* (páginas)

Algo del argumento:



Una saga de personajes son los protagonistas de esta serie de novelas de suspense e intriga, cargadas de actualidad.

Quintero, Hur, Irene y Víctor Saltero hacen vivir al lector, desde la aparente normalidad de sus vidas, emociones, simplemente, diferentes.

Quintero, un Inspector de policía más constante que inteligente.

Víctor Saltero, un elegante ex abogado de gustos exquisitos, escritor y soltero, con un alto coeficiente de inteligencia.

Hur, el mayordomo perfecto de Víctor Saltero

Irene, la mujer que comparte con Víctor una intensa relación de amantes, cómplices, deseos e imaginación.

Descubre algo más de la novela en la sugestiva presentación que de ella puedes encontrar en la página que tienes a continuación. Tal vez quieras continuar un poco más.

<http://www.sucedioenelave.es/>

NOVELA

Autor: CÉSAR VIDAL MANZANARES
Título: *El último tren a Zurich.* (202 páginas)

Algo del argumento:



Otoño de 1937. Un adolescente llamado Eric Rominger, originario de una población rural, llega a Viena con la intención de cursar estudios de arte. De manera inesperada, en su primer día en la ciudad, descubre la violencia de los camisas pardas y conoce a Karl Lebendig, un poeta con el que tramará amistad. En los meses inmediatamente anteriores a la invasión de Austria por las tropas de Hitler, Eric descubrirá igualmente el amor de Rose y, sin proponérselo, despertará a una vida nueva y totalmete distinta a todo lo que hubiera podido imaginar. Pero entonces el Führer entra como victorioso conquistador contra Viena.

Descubre el principio. Tal vez quieras continuar un poco más.

Pasó sobre su cabeza con la rapidez de una centella, surcó los limpios huecos situados entre las armoniosas columnas y se estrelló con un ruido seco contra la decorada pared. A Eric no le había extrañado que aquel objeto que apenas había podido distinguir quedara pegado, como las mariposas que su tía coleccionaba y clavaba, en aquellos muros. Sin embargo, estalló en mil pedazos y tan sólo dejó un reguero de espumilla brillante que a Eric le llevó a pensar en el rastro húmedo de los caracoles. Dada su predisposición a distraerse con temas banales, en otro tiempo y en otro lugar se hubiera entregado a recordar no sólo los ya citados seres sino también las lapas o cualquier otro animal que fuera dejando en pos de sí un recuerdo acuoso de su paso. No sucedió así, por la sencilla razón de que distraerse en esos momentos habría resultado una imprudencia imperdonable.

Con la intención de evitar un golpe, se deslizó a cuatro patas por el suelo encerado y, procurando no resbalar, buscó refugio detrás de una de las mesas. Consistía ésta en una gran laja de mármol blanco sostenida en el aire por unas patas cruzadas de metal negro y labrado, y cuando miró, cubierto por ellas, se dijo que habría preferido encontrarse resguardado por un muro.

Mientras se esforzaba por no dejar un solo centímetro de su cuerpo fuera del campo de protección del mueble, dirigió la mirada hacia la izquierda. Allí, a un paso de la puerta, un grupo confuso pero muy compacto de jóvenes ataviados con camisas pardas y brillantes correaes negros descargaba sus porras una y otra vez sobre lo que parecía un deforme gurullo formado por un abrigo negro y unas manos extendidas y llenas de sangre. A unos metros de aquella paliza, un par de muchachos vestidos con el mismo uniforme estaban pasando unas huchas rojizas por las mesas en solicitud de donativos. Visto lo que estaban haciendo con el pobre infeliz que taponaba la entrada, los presentes no mostraban lentitud alguna. Echaban en las ranuras monedas o incluso algún billete doblado, ya que, a juzgar por la expresión de sus rostros, no podían permitirse la menor reticencia frente a aquella colecta.

Los muchachos de las alcancías parecían, desde luego, contentos. Cada vez que aumentaban sus haberes, movían los alargados recipientes con un rápido gesto de la muñeca y les arrancaban un alegre sonido metálico.

Desvió Eric los ojos hacia la derecha y contempló a los camareros, que se habían colocado con las nalgas pegadas contra el mostrador a la espera de que concluyera todo. Sin duda, el calvo tenía miedo de que aquellos uniformados jóvenes la emprendieran a golpes con alguien distinto del desdichado al que estaban moliendo a la entrada. Sin embargo, no todos mostraban semejante inquietud. Uno de ellos, delgado, moreno y con ojos azules, contemplaba la escena con el mismo gesto aburrido con que habría visto llegar el camión de la leche. En cuanto a los dos empleados restantes, se habían colocado las bandejas delante del pecho como si así pudieran protegerse mejor de cualquier eventualidad desagradable. Estaba Eric contemplando aquellas reacciones tan dispares cuando un soniquete metálico le obligó a cambiar su ángulo de visión.

Uno de los jóvenes de camisa parda se había detenido ante una mesa, situada a cinco metros escasos, mientras hacía repiquetear la hucha con golpes acompasados e ininterrumpidos. No podía ver Eric a la persona a la que instaba, bastante infructuosamente por cierto, a contribuir. Sin embargo, a pesar de que lo mejor hubiera sido no cambiar de posición, su curiosidad resultó más fuerte que su prudencia. Reculó unos centímetros, colocó las yemas de los dedos sobre el mármol y se impulsó lo suficiente como para poder proyectar la mirada por encima de la mesa.

Un hombrecillo un tanto sobrado de peso escribía con una pluma de color corinto sobre un cuaderno de inmaculada blancura. El hecho en sí no habría tenido la mayor importancia de no ser porque el joven uniformado se encontraba ante él y agitaba cada vez con más fuerza la hucha. Ciertamente, aquel gordito debía de ser muy sordo o estar loco por completo.

-El movimiento nacional-socialista solicita su ayuda -dijo el muchacho de la alcancía, y Eric se dio cuenta de que habían sido las primeras palabras pronunciadas por alguien de aquel grupo. Hasta ese momento les había bastado con realizar gestos, con o sin porras, para lograr 10 que deseaban.

Apenas acababa de pronunciar el joven la última palabra, el hombre levantó los ojos del papel. La suya fue una mirada totalmente exenta de temor. Por un instante, la posó sobre el muchacho y luego volvió a bajarla para continuar escribiendo.

La alcancía enmudeció a la vez que el muchacho de la camisa marrón enrojecía hasta la misma raíz de los cabellos. Hasta ese momento, todos los presentes se habían doblegado ante aquella petición independientemente de los deseos que tuvieran de hacerlo y ahora... ahora...

-¿Sucede algo, Hans?

Eric miró de forma instintiva hacia el lugar del que procedía la voz. Se trataba del segundo postulante. Había abandonado el lugar donde estaba realizando su cuestación y, pasando bajo los elegantes arcos del café, se acercaba ahora con pasos acelerados a su camarada.

-¿Sucede algo, Hans? -volvió a preguntar. No respondió, pero tampoco fue necesario. La vista de su compañero se dirigió hacia el hombre que seguía escribiendo y entonces se detuvo en seco, igual que si se hubiera topado con un muro invisible. Tardó unos instantes en recuperarse de la impresión y, cuando 10 hizo, giró en redondo y echó a correr hacia el grupo de camisas pardas que había en la puerta. Habían terminado ya de golpear al hombre del abrigo negro y estaban charlando animadamente entre ellos, intercambiando risas y manotazos. Eric pudo ver que el segundo postulante llegaba a su lado y pronunciaba unas palabras al oído del que parecía de mayor edad. Éste dio un respingo y lanzó una mirada rápida en dirección a la mesa. A continuación apretó los labios y se dirigió, dando zancadas, hacia aquel sujeto empeñado en seguir escribiendo.

-Sé quien eres -gritó más que dijo al llegar a su altura-. Un día haremos un montón con todos tus libros y les prenderemos fuego...

Eric tragó saliva al escuchar aquellas palabras, pero el hombre continuó deslizando la pluma sobre el papel como si, ajeno a lo que sucedía, se encontrara inmerso en una calma total. Fue precisamente esa serenidad la que provocó una mayor irritación en su

interlocutor. Con gesto rápido, sacó la porra de la cartuchera y la descargó contra la mesa de mármol.

El tañido de un centenar de campanas no le habría parecido a Eric más ensordecedor que aquel rotundo golpe único. De hecho, todos los presentes, a excepción de los camisas pardas y del camarero de los ojos azules, dieron un respingo, a la vez que contenían la respiración.

El hombre dejó la pluma sobre la mesa y a continuación se llevó, de manera sosegada, la diestra al bolsillo de la americana. Daba la impresión de que iba a buscar algo de dinero con el que calmar a los camisas pardas, y ese pensamiento infundió una cierta calma entre los presentes. Parecía que, al fin y a la postre, para bien de todos, entraba en razón. Esa misma certeza hizo que una sonrisa pegajosa aflorara en el rostro del jefe del grupo. Sin embargo, el silencioso hombre extrajo de su chaqueta, no un monedero, sino una cajita rectangular de terciopelo azul. La abrió parsimoniosamente y colocó la pluma en su interior. Luego volvió a guardar el estuche en la americana y se cruzó de brazos mientras miraba a los dos camisas pardas.

-No tengo la menor intención de dar un solo chelín para ese compatriota trastornado que se llama Adolf Hitler.

CIENCIA DE DIVULGACIÓN

Autor: EDUARDO PUNSET CASALS

Título: *El alma está en el cerebro.* (337 páginas)

Algo del argumento:



Se trata de una colección de escritos breves que indagán y explican algunos aspectos de nuestro comportamiento. No se trata de una novela, sino de una colección de escritos con títulos como: “Lavado de cerebro”, “La mente del psicópata”, “Calculamos fatal”. La cantidad de interrogantes que suscita el cerebro y su manera de funcionar es infinita. Científicos, filósofos, artistas... todos los grandes pensadores se han sentido atraídos a lo largo de los tiempos por este misterio, pero en el siglo XXI el cerebro sigue siendo aún el gran enigma que el hombre intenta desvelar. Este libro, que plantea las preguntas que todos nos hacemos, nos permite acercarnos, conducidos por Eduardo Punset, a las reflexiones de los investigadores más relevantes y adentrarnos, desde una posición privilegiada, en ese gran secreto que es el cerebro.

Descubre el principio del segundo capítulo. Tal vez quieras continuar un poco más.

Pensamiento consciente y decisiones inconscientes

Desde tiempo inmemorial hemos pensado que los humanos somos libres a la hora de tomar una decisión y, sin embargo, estamos descubriendo que nuestra parte consciente, la que puede describirse a la hora de tomar una decisión, no es más que la puntita del iceberg de un inconsciente individual y colectivo que nos determina y del que no sabíamos casi nada. Lo estamos descubriendo... ahora.

EJEMPLOS DE INTUICIÓN Y REFLEXIÓN

Tiene delante de usted dos mazos de naipes. Puede elegir cartas sucesivas del mazo que desee. Si saca usted una carta negra, gana el equivalente de su número en euros. Si saca una carta roja, le tocará pagar. ¿De acuerdo? Muy bien. Adelante. ¡Un diez! ¡Felicidades! Ha ganado diez euros. Saque otra. ¡Vaya, un seis rojo!

A la larga, uno de los mazos será su ruina. ¿Cuántas cartas cree que va a necesitar para descubrir la sucesión de cartas que hemos preparado? Otros jugadores han necesitado unas ochenta cartas. Mírese las manos: están sudando desde que le ha dado la vuelta al décimo naip. ¿Oye eso...? Su corazón se ha acelerado. Usted se está estresando porque su intuición hace tiempo que le ha indicado cuál era la solución. ¿Por qué sigue cogiendo cartas?

En fin, conocer una sucesión de cartas o intuir cómo pueden estar dispuestas es relativamente sencillo. Conocer a las personas es más complejo.

Usted va a entrevistar a un hombre. Se ha presentado en su empresa por una oferta de trabajo: su currículum es notable, pero usted debe conocerlo a fondo para saber si es adecuado para el puesto. ¿Es trabajador? ¿Es honrado?

Para conocer a esa persona tiene usted dos opciones: puede salir con él durante un par de días a la semana, durante un año, y hacerse su amigo... Salir a tomar algo, ir al

cine... Esto le permitirá recabar una buena cantidad de información sobre él. La otra opción es entrar en su casa y observar su reducto íntimo durante media hora. ¡Qué ropa más ordenada! ¡Libros! ¿No cree usted que saber lo que lee y lo que come o lo que no come dice mucho de esa persona? ¡Anda, una guitarra...! ¿No será uno de esos hippies...? El candidato nos puede confundir con sus palabras y gestos, pero su espacio íntimo es como un libro abierto.

Conocer a las personas es complicado. Confiar en ellas; a pesar de conocerlas, es aún más difícil.

Este señor es su médico de cabecera, le trata a usted desde hace muchos años, es simpático y siempre le escucha con atención. Conoce a toda su familia. Sin embargo, no sabe usted por qué, pero sus tratamientos nunca acaban de funcionar.

-Esto debe de ser un virus... ¿Te has tomado una aspirina?

Como sus tratamientos no funcionan, visita usted a otro médico. Este caballero es un gran doctor: ha estudiado en el extranjero, en los mejores hospitales, tiene su historial completo y usted lo ha analizado con detalle. Él tiene claro cuál es el remedio a sus males.

-Le voy a recetar un antibiótico que se tendrá que tomar cada ocho horas.

Pero... ¿por qué no se fía de él?

-Doctor, ¿qué me pasa? ¿Qué tengo?

-Nada. Tómese el antibiótico. Mi enfermera le dará hora para dentro de quince días.

¿Sabe usted que este médico tiene muchas más posibilidades de que lo denuncie por negligencia médica que el otro? Los médicos que no escuchan a sus pacientes y no dan explicaciones terminan en los tribunales.

Nos gusta pensar que nuestras decisiones son el producto de una minuciosa valoración de los pros y los contras. Incluso llegamos a creer que lo que vemos o lo que percibimos se adecua perfectamente a lo que pensamos. ¿Recuerda lo que ocurrió cuando tuvo que declarar ante la policía porque le habían robado?

-A ver, ha dicho que era moreno, ¿no? -le preguntó el agente.

-Moreno... sí, bueno... sí... Creo que sí.

-¿Lo vio o no lo vio?

-Sí, lo vi... Pero es que todo pasó como muy rápido -contesta usted.

-¿En qué quedamos? ¿Era rubio o moreno?

-Sí, moreno, moreno... Era moreno. Seguro.

-¿Alto o bajo?

-Bueno, en eso me fijé porque... Sí... me pareció un tipo bastante alto.

Cuando los policías prepararon la rueda de reconocimiento con varios delincuentes, usted señaló a uno de ellos. y no se equivocó, aunque ni siquiera podría decir con total seguridad que le había visto el rostro.

Muchas veces tomamos decisiones basándonos en nuestra intuición: son decisiones rápidas, no reflexionadas. Pero... ¿son por eso menos buenas?

El inconsciente toma decisiones que influyen mucho a la hora de configurar una personalidad. El inconsciente se vale de información, fuentes y datos a los que no se tiene acceso conscientemente: esto es lo importante. Lo importante no es la cantidad total de información que asimila una persona, sino qué porcentaje de esta información está utilizando la mente. En realidad, sólo manejamos una pequeñísima parte de la información y una persona ni siquiera puede saber exactamente los motivos por los que toma las decisiones que toma. La mayor parte de las decisiones que se toman tienen un responsable: el inconsciente.

